

3—El compañerismo cristiano

«POR ESO, levantad las manos caídas y las rodillas paralizadas, y haced sendas derechas para vuestros pies, para que lo cojo no se salga del camino, sino que sea sanado. Seguid la paz con todos y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor. Mirad bien, para que ninguno deje de alcanzar la gracia de Dios, y para que no brote ninguna raíz de amargura que os perturbe y contamine a muchos. Que no haya ningún fornicario o profano, como Esaú, que por una sola comida vendió su primogenitura. Ya sabéis que aun después, deseando heredar la bendición, fue desechado, y no tuvo oportunidad para el arrepentimiento, aunque la procuró con lágrimas» (Heb. 12: 12-17).

El Señor desearía que su pueblo se acercara a él. Es importante que todo el que profesa ser hijo de Dios manifieste el espíritu y las enseñanzas de Cristo en su vida diaria.

Sermón presentado en Oslo, Noruega, el 9 de noviembre de 1885. Manuscrito 4, 1885. Analicémosnos a nosotros mismos y comparemos nuestros caracteres con la única norma de justicia, no sea que estemos creando sendas torcidas para nuestros pies; que muchos se aparten del camino por nuestra falta de fe y por un conocimiento incorrecto de las Escrituras. Deseamos tener mucho más del amor de Dios en nuestros corazones de lo que abrigamos hoy. Seremos canales de oscuridad, a menos que contemos con los dones del Espíritu de Cristo.

Tenemos el privilegio de que el Espíritu testifique de si nuestro proceder agrada a Dios. No deberíamos sentirnos satisfechos hasta que tengamos una muestra de ello. Debemos ser puros de corazón, y es necesario que nuestra forma de actuar haya sido moldeada por el Señor. Necesitamos que el Espíritu de Dios obre en forma especial en nuestros corazones. Cualquier profesión de nuestra fe que hagamos no nos servirá de nada, a menos que Cristo more en nosotros. Tenemos muy poca fe y tampoco contamos con una firme confianza en Dios.

Vivimos en un período de prueba y el adversario de las almas nos acecha. Habiéndonos separado del mundo deberíamos unimos en bondad, en fe y en amor, procurando mutuamente el bienestar de los demás. Unidos seremos fuertes; divididos, débiles. Cuando Cristo more en nosotros sostendremos una dulce comunión con él. No procuraremos la exaltación del yo, tampoco sobrestimaremos nuestra propia capacidad; más bien nos humillaremos. No buscaremos faltas en los demás y seremos muy cuidadosos no sea que abriguemos pensamientos en nuestros corazones en contra de nuestros hermanos, menoscabando la influencia de ellos. Satanás nos tentará continuamente a hacer eso. ¿Cómo se considerará en el cielo, entre los seres santos, estar de continuo buscando faltas en los hermanos?

En lugar de abrigar celos, creyendo que las actitudes de ustedes son correctas ante Dios, deberían cuidar de no herir los sentimientos de sus hermanos. Ahora bien, si todos forjaran sendas derechas para que sus propios pies las transiten, entonces podrían ayudar a su prójimo. Deberíamos prestar atención a nuestras acciones y acercarnos a Dios cada día. Si abrigamos un espíritu de oración podremos elevar nuestras peticiones al trono de la gracia; si oramos más y escudriñamos las Escrituras con una mayor diligencia, no se nos negará la bendición que Dios ha prometido damos. No estaremos celosos los unos de los otros. Dios no ha encargado a ninguno de ustedes que vigile a su hermano, para encontrar faltas en él. Manteniendo los pies en la senda correcta animarán a su hermano a través del ejemplo de ustedes.

Cristo le dijo a Pedro lo que debía hacer, por lo que contestó: «Señor, y qué de este?». Jesús le dijo: «¿Qué a ti? Sígueme tú». Debemos cuidar celosamente de nosotros mismos. Debemos examinarnos para ver si estamos en el amor de Dios. A menos que Jesús esté en nosotros seremos desaprobados. Cada uno será probado, y, a no ser que permanezcamos en íntima comunión con Dios, las pruebas futuras debilitarán nuestra ya frágil fe y nos convertiremos en el blanco de las tentaciones de Satanás. Pero si estamos unidos a Cristo y nos acercamos a Jesús, al venir las pruebas, él se allegará a nosotros. Satanás no nos vencerá. «Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros». Debemos entregar el cuidado de nuestras almas a Dios, como fiel Creador que es él.

No deberíamos permitir que arraiguen en nuestro corazón resentimientos contra ningún hermano, porque ese no es el espíritu de Cristo. Encontrar faltas y pensar mal de nuestros hermanos no es un principio vinculado a la verdad. Si hay cualquier dificultad entre ustedes busquen toda forma posible de resolverla. Ese es nuestro deber como cristianos.

Quizá usted piense que su hermano es el único culpable de todo, pero si él no acude a usted, será su deber acudir a él para tratar de ponerse de acuerdo. Ustedes deben estar en armonía. A menos que estén en una mutua armonía, Cristo no podrá morar en sus corazones.

¿Se postrarán ustedes ante Dios en oración a diario, pidiéndole que permita que la luz de su Santo Espíritu entre a sus corazones; suplicando a Dios sin cesar hasta que todo pensamiento o sentimiento maligno sean vencidos? Cristo dice: «Confesaos vuestras ofensas unos a otros y orad unos por otros, para que seáis sanados». ¿Cuánto de esto han hecho? Si el espíritu de confesión hace su entrada en la iglesia, ciertamente ustedes podrán ver la salvación de Dios.

Deseamos retener el amor y la fraternidad cristiana entre nosotros. Recuerden que Cristo dijo: «En esto conocerán que son mis discípulos, si se aman los unos a los otros». ¿Podemos entender esto? ¿Cuánto es que Cristo nos ha amado? Él se negó a sí mismo, y estuvo dispuesto a soportar todo sacrificio para que tengamos vida eterna. Por nosotros él se hizo pobre, para que mediante su pobreza podamos ser enriquecidos; él nos dice: «Ámense unos a otros como yo los he

amado". Luego debemos expulsar a Satanás de nuestros corazones e invitar a Cristo a que entre. Si permitimos que haya envidia y odio en nuestros corazones, Cristo no podrá habitar en nosotros.

Cada uno debería edificar a los demás en una fe santísima, e individualmente deberíamos contemplar a Jesús quien es el autor y consumidor de nuestra fe. Así estaríamos todos listos para llevar a otras personas al Salvador. Cristo ha dicho: «Entrad por la puerta angosta, porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella". Es necesario que nos esforcemos para no dejarnos arrastrar por las multitudes que se apresuran a entrar por la puerta ancha. Tenemos que mantenernos firmes en nuestra obediencia a Dios. Debemos purificar nuestras almas al obedecer la verdad. Mientras más nos acerquemos a Jesús, más reflejaremos su amante carácter y más reflejaremos su imagen divina en los que nos rodean.

Cuando los demás vean que ustedes tienen la determinación de hacer lo correcto, reconocerán que la verdad de Dios actúa sobre sus vidas y caracteres; entonces podremos ser brillantes faros para el mundo. Les suplico que procuren de todo corazón ser una ayuda para los demás, cumpliendo con lo estipulado en la Palabra de Dios: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas".

El problema de muchos es que han perdido de vista a Jesús. Fracasan al no reconocer en su carácter el altruismo, el amor y la misericordia; y por lo tanto, no imitan la vida de él. Pero Jesús desea que seamos uno con él, como él fue uno con el Padre; también desea que estemos unidos unos con otros. Deseamos mostrarle al mundo que tenemos una fe que nos eleva, que nos hace bondadosos, que no es egoísta, que engendra en nosotros amor y reverencia por Dios y que nos convierte en damas y caballeros cristianos.

Si aspiramos a conservar nuestra integridad y nuestra vida espiritual debemos orar con más fervor pidiendo la gracia de Cristo, algo fundamental para nosotros. En caso que alguien acuda a ustedes y comience a mencionar faltas ajenas, si no pueden de alguna manera silenciar esa voz, eleven sus voces y canten la doxología. Los que hablan de cosas sin sentido y los que crean problemas son agentes de Satanás y realizan su obra.

Hay una gran obra que debe ser realizada a favor de esta iglesia, y es triste que haya tantos que se sienten muy satisfechos con su proceder. Es preciso que se conviertan y que sus pensamientos sean encauzados a un conducto divino. Tenemos una poderosa verdad que purifica el alma, y esa verdad debe santificarnos individualmente.

Satanás ha descendido con gran poder, sabiendo que le queda poco tiempo. Él echará por tierra la fe de algunos de los presentes, a menos que nos mantengamos cerca de Jesús. Se nos advierte que él obrará con todo poder y señales, así como engaños, por lo que hemos de estar edificando un carácter

firme. Todas nuestras fuerzas deben dedicarse a la batalla en contra del enemigo, porque como fieles soldados de Cristo deseamos ser combatientes de avanzada que no le den tregua al enemigo.

La obra de Satanás se manifestará con un poder tan grande que si fuera posible engañaría aun a los escogidos. De poder hacerlo confundirá sus mentes y hará que pierdan de vista la verdad, separándolos del Dios de su fortaleza. Dios desea que ustedes se coloquen en una posición donde él pueda realizar una gran obra a favor de ustedes. Desea que posean una fe firme. Ustedes no querrán presentar a la gente un modelo mezclado con los defectos del carácter de ustedes, dando al mundo una falsa imagen de Jesús. Es nuestro deber como cristianos representar a Cristo.

Hay muchos que aunque no están convertidos hacen profesión de fe y doctrinas, y a menos que humillen sus corazones ante Dios y lleven la verdad al santuario interno del alma; no representarán a Jesús, sino que deshonrarán su nombre y negarán el resultado de la verdad de Dios. Ellos hablan mucho del poder del enemigo, pero no elevan sus mentes a Dios.

Ahora bien, si ustedes abren sus corazones a la verdad tendrán un claro discernimiento y podrán presentar la verdad a los demás. Pero si hay dudas e incredulidad, Cristo no podrá llevar a las almas de ustedes su luz y la gloria de su presencia. ¿No podrán comenzar ahora mismo a cultivar la fe, y a hablar de las misericordias de Dios, alabándolo con todo el corazón? Es mediante la oración que ustedes recibirán fuerzas para resistir la tentación. Cristo satisfará todas sus necesidades y aliviará sus dudas y llenará sus almas de gozo.

Si hacemos como el apóstol nos recomienda, «presentando a todos defensa de la esperanza que está en nosotros con mansedumbre y reverencia», entonces anhelaremos recibir el sello de la verdad en nuestros corazones. Esa es la gran carencia que ha afectado a muchos, a muchísimos. Tienen una fe nominal. Se ha dedicado demasiado tiempo a minucias, que no merecen atención, y como consecuencia la mente se reduce y se embota con aquello en lo que se la ocupa. ¿Acaso podremos tener el poder transformador de Dios en nuestro medio? Cristo dice: «Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él y él conmigo». Eliminen la hojarasca que han acumulado frente a la puerta de sus corazones y permitan que Jesús entre.

Hay algo que cada uno de nosotros puede hacer para allanar el camino del Rey. Tenemos que confesar y dejar atrás nuestros pecados, permitiendo que vayan a juicio antes que nosotros, de modo que cuando llegue el tiempo de refrigerio de la presencia del Señor, y él envíe a Jesús, nuestros pecados sean borrados. Lo que deseamos es una religión pura y sin mácula delante de Dios. Leemos en las Escrituras que una religión pura y sin mancha delante de Dios es que visitemos a las viudas y a los huérfanos en sus aflicciones, y que nos mantengamos sin mancha del mundo.

Una demostración externa no es lo que define a un cristiano. Más bien es el poder santificador de la gracia de Dios que obra sobre el alma. Por sus frutos los conoceréis. Si un hombre es manso y se parece a Cristo, él manifestará eso mismo. Si está lleno de ínfulas y cree que lo sabe todo, asumirá la posición de que no necesita aprender en la escuela de Cristo. Las enseñanzas que debería adquirir no las aprende y al final será pesado en balanza y hallado falto. Será demasiado tarde para deshacer agravios. El tiempo de gracia fue la oportunidad que tuvo para hacer suyas dichas enseñanzas. Ahora es el momento para hacer la voluntad de Dios. Cuando ustedes intentan conformar sus voluntades a la norma divina, están manifestando el mismo amor de Cristo por el prójimo y serán indudablemente una luz para el mundo.

Cada vez que ustedes se sientan tentados a encontrar faltas en la vida de los hermanos, piensen que ustedes también tienen pecados que vencer. Miren a Jesús y sigan el modelo de su carácter.

Cristo vuelve. Recuerdo que en 1844, cuando esperábamos que el fin llegara, la pregunta que nos hacíamos mutuamente al reunirnos era: «¿Hermanos, observan ustedes en mí algo que no esté bien? Sé que no podemos ver nuestras propias faltas, y que si algunos de los hermanos han visto algo incorrecto en mí, deseo que me lo digan». Algunas veces se hacía una confesión de faltas, y al postrarnos ante Dios pedíamos su perdón. En otras ocasiones veíamos cómo algunos hermanos que habían tenido diferencias, se reunían a solas en un galpón, o en el patio, para juntos suplicar a Dios. Luego regresaban abrazados, manifestando amor y concordia. Creíamos que no debíamos separarnos a menos que todo estuviera en armonía. El dulce espíritu de paz estaba en nuestro medio, y la gloria de Dios nos cubría. Podíamos ver cómo brillaban los rostros.

[Falta una parte del manuscrito.]

Debemos acercarnos a Dios para que Cristo sea nuestra luz, y la luz de la verdad se refleje en el mundo. Deberíamos prepararnos para presentar la verdad, hablar del cielo y de las cosas celestiales y presentar el amor del Salvador; entonces estaremos preparados para la santidad del cielo. Si Cristo cuando regrese nos encuentra con los defectos de carácter que tenemos hoy, no podremos llegar a los atrios del cielo donde ya no habrá oportunidad de reforma. Cristo no promete transformar nuestros caracteres en aquel momento, después de su regreso. Debemos buscar la rectitud de carácter ahora.

Pero él no cambiará nuestro carácter, si lo hemos edificado de acuerdo con nuestra propia justicia. El cambio debe estar presente. Mientras estemos en este mundo debemos lavar nuestra ropa y blanquearla en la sangre del Cordero, entonces poseeremos el blanco lino que representa la justicia de los santos. Si continuamos en nuestros pecados, Cristo jamás podrá llevarnos al cielo. Únicamente aquellos que son santos, son los que podrán ver a un Dios santo.

Oro por ustedes, mis hermanos, para que ustedes se aseguren de que se esfuerzan por la vida eterna. Como mensajera de Jesucristo, les imploro que permitan que el amor penetre en sus corazones. Toda alma salvada deberá ser santa y pura mientras esté en el mundo. Cristo acoge a toda alma que cae sobre la Roca y es quebrantada, llevándola a su seno. Pongan su corazón en esa obra.

Hay muchos de ustedes que sostienen la verdad con la punta de sus dedos, el mundo está observándolos y comprobando que ustedes no son cristianos. Si reúnen los preciosos rayos de luz que Dios les ha dado, podrán esparcir esos benditos rayos en la senda de los demás.

Quiera Dios que despierten para que busquen en sus armarios y oren a Dios, y para que crean que él los escucha cuando dice: «Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá».

Vengan en la misma condición en que están y él los ayudará. Él puede «salvar perpetuamente» a los que por él se acercan a Dios. El desea lavar toda mancha de pecado que haya en ustedes. Los amo porque él primero me amó a mí. Veo en Jesús gracias sin fin y deseo tener una parte con él en su reino celestial.

Ahora, mis hermanos: «¡Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano! Deje el impío su camino y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar» (Isa. 55: 6, 7). Que Dios nos ayude a buscarlo y a reconocer que él hará precisamente lo que ha dicho. Esa es la victoria que incluye nuestra fe.